

ALMA MANCILLA Y LO QUE ACECHA A SIMPLE VISTA

Mancilla, A. (2023). *Estado larvario del peligro*. CASAFUTURA

Alma Mancilla nació el 22 de abril de 1974 en Toluca, Estado de México. Estudió la Licenciatura de Antropología Social en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, es Maestra en Sociología, Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Laval, y, por supuesto, escritora. Desde 2020, forma parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA.

Durante su trayectoria ha sido acreedora a diversos premios y reconocimientos. En ese sentido, en 2001, fue primer lugar en el V Concurso Nacional de Poesía y Cuento Benemérito de las Américas, en la categoría de cuento, con la obra *Los días del verano más largo*. En 2004, algunas de sus obras fueron incluidas en la *Antología de Ganadores del X Concurso Internacional de Cuento Carmen Báez*, esto por parte de la Universidad de Morelia y el Colectivo Artístico Morelia. De igual forma, en 2011, ganó el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen por *Las babas del caracol y otros relatos*, libro de seis cuentos en el que la angustia religiosa, la incomunicación y la enfermedad toman el protagonismo. También fue ganadora del XII (decimosegundo) Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano en 2015 con *Archipiélagos*, una colección de cuatro relatos largos. Igualmente fue galardonada con el Premio Bellas Artes de Novela José Rubén Romero en 2018 por la obra *De las sombras*, la cual narra la biografía ficticia del inquisidor Henricus Institoris. En 2019, recibió el Premio Bitácora de Vuelos en la categoría de cuento por *El criado y otras historias de aflicción*, reconocimiento otorgado por Bitácora de Vuelos Ediciones. Por último, en 2020, recibió el Premio Nacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano por *El libro de las brujas*.

Estado larvario del peligro se publicó en 2023 y consiste en una colección de nueve cuentos en los que lo siniestro, el terror y la otredad se cuelan entre las grietas de un mundo cotidiano y trivial. “A veces brilla de noche”, “La lengua de los pájaros”, “Bajo el árbol”, “Pedazos de cuerpos por todas partes”, “Lo que se sueña”, “Crisálida Primera”, “Capucha gris”,

“Encerrados” y “Estado larvario del peligro” contienen elementos fantásticos y oníricos, de folk horror, mutación y un uso excepcional de lo grotesco son los que logran dar vida a cada uno de los relatos, aunque, al mismo tiempo, presentan una denuncia constante de temas como la violencia, la desaparición, el patriarcado y el machismo; realidades que acechan entre cada escenario y entre sus personajes; crudas verdades que se vuelven un velo que cubre y se incorpora en los distintos mundos creados por Mancilla de forma tan natural, pero al mismo tiempo tan compleja que, quizá, se vuelve la parte más terrorífica de su prosa.

Con una mayoría de protagonistas femeninos, los personajes de *Estado larvario del peligro* pueden variar desde una antropóloga atrapada en un entorno machista, una madre horrorizada por la verdadera naturaleza de su hija, un joven que regresa a casa de sus tíos para encontrar una mutación siniestra y silenciosa que ha infectado al pueblo, hasta una vieja que narra a una periodista los horrores de un fraccionamiento infestado de partes cadavéricas que se arrastran por el canal del río. Algo que todos estos personajes comparten es la certeza de un “algo” que los acecha y un sentimiento de incertidumbre por “aquello” que va más allá de nuestra comprensión y que al mismo tiempo nos resulta horrorosamente familiar.

Ejemplo de lo anterior es “Pedazos de cuerpos por todas partes”, un relato narrado en primera persona con un lenguaje cotidiano en el que una señora cuenta a una periodista los siniestros acontecimientos que se han suscitado en un pequeño y aislado fraccionamiento que se ubica cerca de un canal contaminado. A lo largo de la narración, la anciana será grabada por la periodista, quien nunca habla de forma directa, mientras que la anciana revelará no sólo la paulatina aparición de gran cantidad de pedazos de cuerpos mutilados que flotan por las aguas del canal, sino también el comportamiento acechador de las partes cadavéricas y las desapariciones de personas de las que la gente nada quiere saber.

Hay muchos aspectos sobrecogedores en esta historia, sin embargo, hay pequeños elementos de la narración que te dejan entrever algunos fragmentos de la situación deplorable normalizada por las personas de la comunidad, una realidad en la que los pedazos de cuerpo no son sino el residuo de un entorno de violencia y marginación. De esa forma, durante la narración de los hechos, es imposible ignorar cómo la anciana, a pesar de aparentar tener un entendimiento discreto, pero profundo de los sucesos sombríos que acechan el lugar y de cómo la gente no desea ver ni oír la verdad sobre esta monstruosidad latente, también muestra un cierto aire de ignorancia, o directamente desinterés en torno a algunos de los asuntos más terrenales que afectan a la comunidad; por ejemplo, la contaminación del canal por los desechos de las fábricas, pues cuando le preguntan al respecto responde: “Ah, no, de eso no sé nada, no lo había pensado, supongo que podría ser” (p. 40).

Esta ignorancia se ve igualmente mezclada con el terror, un miedo de ver de frente la violencia en la que vive y que ella misma ejerce, pues en una parte confiesa que entre todos mataron a una señora; específicamente, aquí llama mucho la atención un diálogo referente a la desaparición de una joven cuyo cuerpo despedazado luego aparecería en el canal: “Se rumoró que a la niña la mataron unos de por aquí, pero en eso no quiero meterme, por favor, no me preguntes” (p. 40). Esta contradicción entre estar consciente y querer ignorar las cosas terribles que se asoman en cada esquina es, indudablemente, un aspecto que, como sociedad mexicana, conocemos de cerca, y que usamos en nuestro beneficio y como mecanismo de defensa, pues es una parte fundamental de lo que significa sobrevivir en este “panteón a cielo abierto” (p. 39), que no puede pasar desapercibido, pero que, al mismo tiempo, se convierte en el pan de cada día.

Otros aspectos importantes para resaltar son la concepción de los muertos, el dolor colectivo y la imagen casi mística del canal, los cuales se expresan en la obra de forma magistral. La muerte, como se puede intuir, es un tema que se encuentra en la historia desde la primera página, y son los propios muertos, materializados en las partes de los cuerpos mutilados, los que acosan a los habitantes del fraccionamiento, pues son una constante, un eco que exige ser recordado, ser visto y que, incluso en estado de descomposición, parecen buscar algún tipo de consuelo.

Otra idea que igual se repite a lo largo de las divagaciones de la anciana es la de ver a este lugar, e incluso al mundo, como un solo organismo que sufre. Por lo tanto, en el texto llegan a referirse al poblado como “una llaga que supura” (p. 39), mientras que, hacia el final, la narradora reflexiona acerca de compartir un mismo dolor al ser “parte de un gran cuerpo que sufre” (p. 42). Estas partes del relato, más allá de lograr un choque empático y doloroso, son piezas que nos ayudan a comprender mejor el mundo en que Mancilla nos introduce, e incluso nos hace reflexionar sobre la propia realidad y el lugar que ocupamos en este cuerpo que vive en constante dolor.

Por último, es importante resaltar la imagen del canal, símbolo del cuento que adquiere una presencia decisiva y mística, en el que todo llega y todo se desvanece, el canal es el inicio y el final, aquella fuente de vida enferma por la contaminación que arrastra la muerte y la deja en evidencia a ojos de todos. Durante su relato, la anciana vuelve una y otra vez a enfatizar el canal, como un ente místico en el cual se pueden justificar el ir y venir de los horrores. El canal es un ciclo, uno que sólo terminará arrastrando los residuos de la violencia, es decir, arrastrando a los muertos de vuelta a donde vinieron.

De esa forma, “Pedazos de cuerpos por todas partes”, al igual que los otros relatos de este volumen de cuentos, nos muestra de manera lacerante que el verdadero terror es en

realidad aquél que decidimos ignorar, pues nuestros muertos no descansarán hasta que los reconozcamos y seguirán esperando para volver y recordarnos que, como bien se muestra al inicio del cuento, somos parte de “una historia de la que nadie querría ser parte jamás, el problema es que estamos dentro de una, aunque no nos guste” (p. 33).

El último texto del libro es “Estado larvario del peligro”, cuento que da título a esta colección, y el cual logra encapsular el espíritu inquietante que prevalece a lo largo de las distintas historias. Este relato se desarrolla en un escenario de aparente cotidianidad que oculta en su interior ese “algo” que reposa y se esparce lentamente, que infecta y muta en todo aquello que conoces. La historia es narrada en primera persona por Daniel, un joven que luego de la decepción del sueño americano vuelve a casa de sus tíos, donde pasó gran parte de su infancia y adolescencia. Al llegar y encontrarse con una atmósfera quebrada e incómoda, marcada por la ausencia de su prima Martina, va notando, poco a poco, que una cosa acecha, un algo en el aire que se ha apoderado de la gente y la ha hecho mutar hasta volverse monstruos cefalópodos que se ocultan encapsulados en el fondo de un museo, en las sombras de una cotidianidad en decadencia.

Asimismo, algunos elementos que aparecen y caracterizan a los otros cuentos se encuentran en esta historia: criaturas de la noche, un desastre inminente, un peligro que se arrastra y acecha, la mención de la violencia que se vive en el entorno cotidiano y un mundo que se muere frente a nuestras narices sin que podamos evitarlo, ignorando que este mismo está en descomposición. De esa forma, de entre todos los cuentos, es en éste en donde la incertidumbre permanece afilada y constante, sin casi ninguna certeza de lo que puede tratarse, pero con la seguridad de que está ahí, lo que sea que es y se extiende.

Finalmente, podemos decir que Alma Mancilla logra reunir todos estos elementos de forma magistral para crear un libro de cuentos, en el que, aún sin salir por completo de aquél mundo en caída, se siente como un golpe pesado en nuestra propia realidad, de nuestra propia decadencia silenciosa y, sin embargo, logra hacerlo de una forma excepcional y deliciosa, con la que, indudablemente, podemos servirnos un banquete de escalofríos y otredad que nos recuerda que siempre hay algo acechando a simple vista.

Magnolia Orea Rodríguez
Universidad Autónoma de Tlaxcala
magno.lee.a.10@gmail.com
